



Queridos amigos:

Uno de los primeros hacedores de guías de viaje (allá en el s. XIX) comentaba que el viajero debía llevar siempre consigo un cuaderno para dibujar las cosas que veía. Según él era la única manera de fijarse en los detalles y ver verdaderamente lo que se tenía delante. De otra manera la atención con su dosis innata de pereza creía que con un golpe de vista ya había interiorizado lo visto engañándose a sí misma. En el mismo programa, y como reacción a la moda de los viajes, se hablaba de otro escritor que compuso una guía de viaje de su habitación. Sostenía que en ese espacio mínimo se podían contemplar infinitas cosas si se daba tiempo a la mirada para que descubriera lo que allí había.

Pues bien, uno y otro me sirven para ofreceros mi reflexión de este mes. Es sorprendente que nuestra sociedad, que ha creado miles de formas de distracción, haya generado a la vez un espacio inmenso de apatía, de no saber qué hacer, de aburrimiento (que seguramente conocéis por experiencia). Creo que una de las razones es la velocidad con la que devoramos las cosas. Me parece que nos falta esa dosis de paciencia en el ver, sentir, esperar, comentar, volver a pensar y sentir, a mirar con la esperanza de encontrar la verdadera sustancia de lo real que no está en el ‘bulto’, sino en los detalles, porque son estos los que nos llevan al interior de las cosas, lugar donde estas ofrecen su riqueza. Lo mismo pasa con las personas ¿no?

Pero además estos viajeros antiguos, casi aventureros, no turistas como solemos ser nosotros en la relación con casi todo, nos enseñan que es necesario el riesgo y la paciencia hasta que alcanzamos a ver las cosas en su verdad y en su riqueza.

Me da la sensación de que tanto la paciencia como el riesgo están demasiado ausentes de nuestra vida. Vamos a la carrera sin tocar el fondo de las cosas, pasando página demasiado deprisa de cada momento. Así todo se gasta sin apenas ser disfrutado. En esta dinámica, como nada tiene más hondura que su superficie, nada vale realmente.

¿No nos harían falta conversaciones sobre la riqueza de las ‘pequeñas cosas cotidianas’ que cuando se viven con hondura dan amplitud a la vida llenándola de esto mismo, de vida (un encuentro, la lectura de un libro, una sensación íntima, una pregunta que nos sugiere la frase escuchada a alguien o leída en algún sitio... Por ejemplo, el jueves pasado oí decir a un grupo que pasaban haciendo *footing* a mi lado: *Si es pobre que se ahorque, pero lo que pago con mis impuestos tiene que ser para mí...* ¿no da para una conversación sobre la realidad real con la que hemos de vivir?).

No hace falta viajar muy lejos para descubrir novedades. ¡Nuestra ‘habitación’ da para mucho...! Pero parece que no queremos buscar ahí y no hacemos otra cosa que volcarnos hacia el exterior buscando allí la sustancia que, en plenitud, solo podemos encontrar en lo profundo de la vida, en el interior. Por eso volvemos siempre vacíos, desfondados de las nuevas experiencias, y corremos otra vez a la vorágine exterior de la vida como si ella pudiera llenar un interior al que el exterior siempre termina por producirle aburrimiento (“de todo se cansa uno”, dice un refrán).

Cuando Jesús eligió a sus discípulos lo que les pidió de inicio es que le siguieran y vieran lo que iba pasando en su camino, en el encuentro cotidiano con la realidad, y al mirar descubrieran la profundidad que la habita, la gratitud que merece y el compromiso que requiere. En ese camino Dios se hacía absolutamente cotidiano y no había tiempo para aburrirse aunque no se hiciera nada especial. Se trataba de seguirle hasta la vida real que está escondida siempre entre los recovecos de nuestro interior.

Termino con un poema de San Agustín que te invito a meditar. Decía: *¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba. Me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo pero yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera. Brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera. Exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti. Gusté de ti, y siento hambre y sed. Me tocaste y me abrasé en tu paz.*

En nuestra situación de dispersión interior generalizada creo que podríamos recrear el poema y como primer paso poner a nuestro verdadero yo en el lugar donde san Agustín ponía a Dios diciendo: *¿te amaré finalmente, hermosura que vas conmigo? Yo estaba dentro, pero vivía fuera y fuera me buscaba. Tú (mi yo) estabas conmigo pero yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti todas esas cosas que brillaban en el exterior y que sin ti explotaban como fuegos artificiales perdiéndose de continuo. Me llamas de continuo, pero ¿romperé yo mi sordera y mi ceguera, y por fin te buscaré?*

En esta aventura de buscar *nuestro verdadero yo*, Jesús se ofrece siempre como compañero, guía de las pequeñas y grandes cosas para descubrir la verdad honda y gozosa de la vida.

Recibid, como siempre, mi saludo y mi oración.

Paco.